



Primera Dama, una oportunidad de articulación social

En tiempos en que un sector político parece obsesionado con desmontar cualquier símbolo que no calce en organigramas tecnocráticos, la figura de la Primera Dama ha sido tratada como un vertigio lacónico, una rareza que algunos buscan borrar para exhibir modernidad o simplemente por impulsos refundacionales. Esta mirada desconoce algo esencial, no toda institución valiosa se agota en cargos electos o funciones reglamentadas. Hay roles cuya legitimidad proviene de su capacidad para articular causas, sensibilizar agendas y movilizar voluntades donde la burocracia simplemente no llega.

La historia republicana chilena es clara. María Mercedes Fontecilla colaboró en la gesta emancipadora; Rosa Markmann impulsó el voto femenino cuando pocos se atrevían; Cecilia Morel instaló hábitos saludables con Elige Vivir Sano y Fortaleció Fundación Integra. ¿Puede sostenerse que estos aportes fueron prescindibles? ¿O que debieron eliminarse por una supuesta pureza administrativa?

La Primera Dama, en su mejor versión, es un puente entre la ciudadanía y un Estado rígido, entre urgencias sociales y la capacidad institucional para priorizarlas. No compete con la profesionalización del sistema público, sino que la complementa desde un lugar distinto, el de la influencia nace del compromiso, no del cargo; de la patía, no del trámite; de la credibilidad sobre cualquier símbolo que no no del tecnicismo.

Este rol, por supuesto, requiere límites claros y transparencia. La experiencia reciente Irma Raranne mostró los riesgos de confundir modernización con improvisación. Pero eliminar la figura o reducirla a un as no sería desperdiciar una oportunidad e impulsar causas que suelen quedar fuera del debate político, discapacidad, salud mental, vejez, infancia. Ningún ministerio por su misión porque exista una Primera Dama comprometida; al contrario, gana un aliado que visibiliza lo que de otro modo qued atrapado en la tramitología.

Quiénes critican esta figura lo hacen muchas veces desde la caricatura. En un país donde la política sufre un déficit de cercanía y evaluación social, renunciar a todo lo simbólico no moderniza, empobrece. Chile necesita más puentes, no muros. Y la Primera Dama bien entendida y acorada, puede seguir siendo uno de ellos.



Christian Villegas G.  
Ex Seremi de Bienes Nacionales- Magister en Comunicación Estratégica